

TRADUCCIÓN

DOS CUENTOS DE SHI TIESHENG

Introducción

Shi Tiesheng nació en 1951 en Beijing. En 1969, al terminar la secundaria, se alistó en el ejército en Yan'an de la provincia de Shaanxi. En 1972 retornó a Beijing con parálisis en ambas piernas; desde entonces inició su peregrinar en un mundo paralelo, el mundo de la discapacidad. Su enfermedad se agravó, pero no le impidió continuar sus estudios de autodidacta y especializarse en literatura. En 1997 fue elegido para desempeñar el cargo de vicepresidente de la Asociación de Escritores de Beijing. En su vasta producción literaria destacan las novelas medianas y cortas como *Mi lejana había Qingping*, *La vida en la cuerda*, *El diario de la vieja casa*, *El pasado*, los ensayos "Ditan y yo", "Ocurrencias de un enfermo" y otras. Muchos de sus cuentos han sido premiados, traducidos y publicados en el extranjero.

Admirado por la habilidad de su pluma pero compadecido por su invalidez, Shi Tiesheng enseña que sólo existe la invalidez del alma; la del cuerpo, es pasajera y no impide vivir.

Para él la pluma es la espada en la batalla entre la vida y la muerte, entre la invalidez y el amor, entre el desamparo y la confianza.

De su lucha contra el destino se desprenden pensamientos valiosos:

Le dicen que le rece a Buda, pero él se niega. El Buda no puede hacerlo andar, porque si sólo rezándole, el Buda concede la petición, entonces no es el verdadero Buda. Para él, el Buda es "conciencia", es verbo que implica acción cuyo alcance es ilimitado.

Le ofrecen leerle la suerte, pero él no accede. Si su suerte es buena, entonces le tocará, y si es mala, por qué entonces angustiarse si cada hermoso día es una ganancia.

De la labor del escritor y de la literatura dice:

El escritor debe encontrar la literatura dentro de la literatura. En la literatura hay un enorme vacío, ocupado por el alma; es ese vacío de donde el escritor puede extraer inspiración ilimitada.

Los cuentos

El primer cuento corto “Memorias del Otoño” es un grito de rabia, arrepentimiento y nostalgia. Rabia, por ser inválido, arrepentimiento, por pensar que es el único que sufre en el mundo, nostalgia, por su madre a la cual ya no podrá ver jamás. Cuando ella estaba a su lado él sólo tenía ojos para ver su propia desgracia, ahora que ella no está, le quedó la pluma para luchar con la rabia, el arrepentimiento y la nostalgia.

El sugerente título del segundo cuento: —La vida en la cuerda— nos alude a todos: la vida de todos pende de una cuerda, a veces más gruesa y a veces más delgada. Pero la vida de los dos ciegos de este cuento depende literalmente de las cuerdas de un instrumento que les da para vivir y los obliga vivir para dar. La vida de ambos está sujeta a una ilusión, más delgada que cualquier cuerda. Romper ochocientas, mil o mil doscientas cuerdas tocando el instrumento todos los días; sólo para *ver* un instante: *ver* el cielo, las veredas, la Cañada de las Cabras, el rostro de la mujer amada.

El escritor, con lujo de detalle, describe a los dos ciegos, cuyos cuerpos y almas sufren en silencio, porque la única voz del verdadero sufrimiento —aquella que viene del alma— es el llanto.

MEMORIAS DE OTOÑO

SHI TIESHENG

Cuando mis pies se paralizaron, me volví geniuado como nunca. A veces cuando miraba los gansos silvestres volver al norte, rompía vasos; al escuchar la bella voz de la cantante *Li Guyi*, aventaba cosas a la pared. En esos momentos, mi madre huía en silencio y escuchaba a escondidas mis lamentos. Cuando la paz volvía, entraba a mi cuarto, con los ojos rojos, y me miraba. “Dicen que las flores del parque Beihai han abierto, ¿quieres que te lleve a verlas?” Siempre decía eso. A mi madre le gustaban las flores, pero cuando quedé paralizado, las flores murieron. “No, no quiero.” Luego yo, golpeando mis recondenadas piernas con desesperación, gritaba: “No sé por qué vivir.” Mi mamá se me arrojaba encima y se aferraba a mis manos, mientras contenía su llanto: “Estamos juntos, vive contento.” Pero, yo ignoraba qué tan grave era su enfermedad. Después, mi hermana menor me dijo que mi madre se revolcaba largo rato en la cama sin poder dormir por el dolor en la región del hígado.

Aquel día sentado solo en mi cuarto, miraba por la ventana caer las hojas de los árboles. Mi madre entró y se paró frente a la ventana: “Los crisantemos de Beihai han florecido, ¿te llevo a verlos?” Los ojos de su cara marchita rogaban. “¿Cuándo?” “Si quieres, ¿mañana?” Mi respuesta le produjo gran alegría. “Bueno, iremos mañana.” Mi madre, tan contenta, ‘ora se levantaba y ‘ora se sentaba: “Voy a prepararlo todo.” “¡Ay, qué lata! Son sólo unos pasos, ¿qué necesitas preparar?” Ella sonrió y se sentó a mi lado mientras repetía sin cesar: “Después de ver los crisantemos, vamos al restaurante Fangshan. Cuando eras niño te gustaba mucho comer allí. ¿Recuerdas cuando fuimos a Beihai la última vez? Decías que las flores de los álamos eran gusanos y corrías pisándolas.” Dejó de hablar de pronto. Era más sensible que yo a las palabras *correr* y *pisar*. Salió en silencio.

Se fue. Jamás volvió.

Cuando los vecinos la llevaron en un triciclo, vomitaba grandes bocanadas de sangre. Yo no sabía que ya estaba tan enferma. Al ver el triciclo salir tampoco pensé que sería la última despedida.

Un joven vecino me cargó para verla. La vi respirar con mucha angustia; angustia que la acompañó durante toda la vida. Me dijeron que lo último que dijo antes de desmayarse fue: "Ah..., mi hijo enfermo y mi hija adolescente"... Llegó un nuevo otoño; mi hermana me llevó a contemplar los crisantemos en Beihai. Los amarillos eran elegantes; los blancos eran puros, los púrpuras cálidos y profundos, y todos se abrían plenamente en el aire del otoño. Por fin comprendí la frase que mi madre no terminó. Mi hermana también la comprendió. Estamos juntos, y vamos a vivir contentos...

Traducido por
YANG JUAN Y LILJANA ARSOVSKA

LA VIDA EN LA CUERDA

SHI TIESHENG

Por las interminables montañas verdes caminaban dos ciegos: uno viejo y uno joven; uno delante y el otro detrás. Dos sombreros, casi negros de tan sucios, subían y bajaban precipitadamente, como si flotaran sobre un río alborotado. No importaba de dónde venían ni hacia adónde iban. Cada uno cargaba sólo un laúd de tres cuerdas; se ganaban la vida cantando cuentos e historias antiguas.

En aquellas grandes montañas de varios centenares de kilómetros había que caminar todo un día entre cumbres y cuevas para llegar a un valle con aldeas. En cualquier instante, de los arbustos podían salir volando un par de faisanes o saltar un conejo, una zorra u otras pequeñas criaturas. Sobre los valles se oía de vez en cuando el vuelo de las águilas.

A esa hora, el sol era muy intenso y no había ni una sola sombra en las montañas silenciosas.

—Agarra la tricuerda —gritó el ciego viejo y su voz rebotó entre las montañas.

—Ya la agarré —contestó el joven.

—Ten mucho cuidado de no mojar la tricuerda con tu sudor. Si la mojas, esta noche usaré tus costillas para tocar.

—Ya la agarré.

Los dos, desnudos de la cintura para arriba, tanteaban el camino con el bastón en la mano. Las camisas de tela rústica, amarradas en la cintura, ya estaban empapadas en sudor. El polvo que levantaban al caminar se atoraba en sus gargantas.

Era justamente la temporada alta para los cantantes de historias. Como los días eran largos, los aldeanos salían de sus casas después de la cena e incluso algunos no cenaban en casa: llevaban su tazón para comer a la orilla del camino o en el desgranadero comunal.

El viejo quería aprovechar la temporada de calor, por lo que forzaba al joven a trabajar mucho. Cantaban noche tras noche, pueblo tras pueblo.

El viejo estaba cada día más nervioso y emocionado. Calculaba que quizá se encontraba muy cerca el día en que se rompiera la cuerda número mil, y eso tal vez sucedería en la próxima aldea llamada Cañada de las Cabras.

El sol, que mostraba su furia durante todo el día, empezaba a calmarse. La luz perdía poco a poco su brillantez. A lo lejos y en las cercanías, los cantos de las cigarras ya no eran tan seguidos.

—¿Muchacho, no puedes andar más rápido? —gritó el ciego viejo sin volver la cabeza ni retardar el paso.

El joven se apresuró. Una gran mochila que le colgaba en el trasero retumbaba al correr; pero aún le faltaban unos diez metros para alcanzar al viejo.

—Las palomas silvestres ya vuelan de regreso hacia sus nidos.

—¿Qué dice? —el joven apresuraba aún más sus pasos.

—Digo que las palomas silvestres ya regresaron y tú no te apresuras.

—Oh...

—¿Estás jugando otra vez con mi radio, no?

—¿Quién lo tocó?

—Los audífonos se van a deshacer si sigues jugando.

—¿Quién lo va a tocar, hombre?

El viejo sonrió discretamente. ¡Qué poco has vivido! Puedo oír hasta una pelea de hormigas —dijo el viejo.

El joven no discutió, devolvió lentamente los audífonos a la mochila y siguió sin ánimos al maestro. El camino era muy largo y aburrido.

Después de andar un trecho, el joven oyó a un tejón roer los granos en el campo y empezó a imitar los ladridos de un perro. El tejón se asustó y huyó. El joven, contento, comenzó a tararear una canción amorosa.

El maestro no le permitía criar a un perro, pensaba que no eran buenas para el negocio las peleas entre su perro y los perros de las aldeas. Caminaron otro rato hasta que el joven oyó a una serpiente que se movía entre los arbustos; se agachó, tomó una piedra y la arrojó. Las hojas de sorgo se mecieron con el caer de la piedra. El viejo se compadeció de él y se detuvo para esperarlo.

—Ya estamos en sembradíos; la aldea no debe estar lejos —el viejo le pasó una cantimplora a su discípulo.

—Los que nos dedicamos a este negocio, nos pasamos la vida caminando —dijo el viejo y preguntó—: ¿Estás cansado?

El joven no le contestó, ya que sabía que lo más molesto para el maestro era oír las palabras “estoy cansado”.

—Qué mala suerte tenía mi maestro; o sea, tu maestro abuelo. Era tan mala su suerte que después de caminar por todas partes, no logró romper la milésima cuerda.

El joven advirtió que el maestro andaba de buen humor y le preguntó:

—¿Qué es una verde larga *sila*?

—¿Qué? Oh, probablemente es una silla.

—¿Y un *pasilo* sinuoso?

—Pasillo. ¿Qué pasillo?

—Sinuoso pasillo.

—Siempre te gusta escuchar esas cosas. ¿De qué sirve escucharlas? Hay muchas cosas hermosas en este mundo, pero, ¿qué tienen que ver con nosotros?

—Nunca me ha dicho si hay algo que *tiene* que ver con nosotros —el ciego joven pronunció con gran fuerza la palabra *tiene*.

—La tricuerda. Tu padre te dejó seguirme para que aprendas a tocar bien la tricuerda y narres las historias.

El ciego joven al tomar agua hacía mucho ruido intencionalmente.

Tomaron otra vez el camino, pero ahora el joven andaba al frente.

La sombra de la montaña se extendía por el valle. El terreno era cada vez más llano y vasto. Al acercarse a la aldea, el viejo detuvo al joven: había encontrado un manantial pequeño al pie de la montaña, bajo la sombra. Un chorrito de agua salía de entre las rendijas de las rocas y se acumulaba en un pequeño lecho en forma de cubeta. Alrededor, la maleza crecía vigorosamente. La tierra empezaba a tener sed y se tragaba el agua, que sólo recorría unos cuantos metros.

—Ven y lávate para quitarte el mal olor.

Mientras pensaba en el sinuoso *pasilo*, el joven separaba con la mano las hierbas para quedar en cuclillas al lado del charco.

- Lávate bien, pareces un pequeño mendigo.
- ¿Ah, sí?, entonces usted es un mendigo viejo. El joven mojaba las manos mientras platicaba sonriendo.
- El viejo también reía mientras se enjuagaba la cara: pero no somos mendigos, somos profesionistas.
- Parece que ya hemos estado en este lugar —el joven escuchaba los ruidos de alrededor.
- Nunca pones atención en el aprendizaje; parece que estás en las nubes, jamás escuchas consejos de veteranos.
- Estuvimos aquí, estoy seguro.
- No cambies de plática, todavía te falta mucho para que toques bien la tricuerda. Nuestras vidas penden de estas cuerdas, así me decía mi maestro al principio.
- El ciego joven seguía tarareando canciones amorosas mientras se enjuagaba con el agua fresca del manantial.
- El viejo se enfadó: —¿Oíste lo que te dije?
- Nuestras vidas penden de estas cuerdas; su maestro —es decir, mi maestro abuelo— se lo decía. Lo he oído mil veces. Fue su maestro quien le reveló el remedio, pero para preparar la cura es necesario esperar a que se rompa la milésima cuerda. Después ya podremos ver. Se lo he oído a usted un millón de veces.
- ¿Por qué la medicina se puede comprar sólo tras romper la milésima cuerda?
- Sin eso, niño zorrillo, la medicina no sirve.
- No es fácil encontrar mil cuerdas rotas —el joven no podía contener la risa.
- ¿De qué te ríes? ¿Crees comprenderlo todo? Hay que tocar hasta romper las mil cuerdas.
- El joven no se atrevió a hablar más; sabía que el maestro se iba a enojar. Siempre era así, el maestro no toleraba las dudas.
- Esta vez, el viejo no habló más. Estaba algo conmovido. Con las manos en las rodillas, clavaba las pupilas como alfileres en el cielo. Parecía recordar y contar una tras otra todas las cuerdas rotas durante esos años. —¿Cuántos años llevo esperando? —pensó el viejo— Ya llevo esperando cincuenta años. Durante esos años cuántas montañas he cruzado, cuántos kilómetros he recorrido, cuántas veces he aguantado el calor y el frío, cuántas injusticias he soportado. Noche tras noche he tocado la

tricuerda, esperando una y otra vez que las cuerdas se rompan. Y ahora ya se aproxima el día; no debe pasar de este verano. El ciego viejo sabía que no tenía ninguna enfermedad grave que pudiera quitarle la vida, así que con seguridad viviría hasta el próximo verano. —Soy más suertudo que mi maestro —dijo—, él nunca llegó a ver el mundo con sus propios ojos.

—Ay, ya sé donde estamos —lanzó un grito el joven.

Entonces el viejo se movió un poco. Cogió su tricuerda y la sacudió. Al hacer eso, crujió el papel doblado al rozar la piel de serpiente del instrumento; lo que comprobó que el remedio aún estaba a salvo en la tricuerda.

—Maestro, ¿acaso no es la Cañada de las Cabras? —preguntó el joven.

El viejo no le respondió; supo por la voz que el joven comenzaba a inquietarse.

—Más adelante ya será la Cañada de las Cabras, ¿verdad maestro?

—Muchacho, ven aquí a frotarme la espalda —dijo el viejo estirando su espalda que parecía un arco.

—¿Sí o no es la Cañada de las Cabras, maestro?

—Sí y qué. No te comportes otra vez como los gatos en primavera.

El corazón del joven latía fuerte, pero no le quedó otra cosa más que frotar pacientemente la espalda del maestro. El joven frotaba con mucha fuerza.

—¿Y qué hay con la Cañada de las Cabras? No te pongas como los asnos que rebuznan al oler la primavera.

El ciego joven temía ser descubierto y no habló más para no mostrar su excitación.

—¿En qué estás pensando? No pensarás que no te conozco bien, ¿verdad?

—¿Y ahora qué hice?

—¿Qué hiciste? ¿Acaso no te enfermaste lo suficiente la vez pasada? ¿Qué tiene de bueno aquella criatura?

El ciego viejo pensaba que tal vez no debía haber traído de nuevo al muchacho a la Cañada de las Cabras; sin embargo, en ese lugar había buen negocio: podían cantar historias durante más de quince días. Y el viejo ardía de deseo por romper las últimas cuerdas.

El joven dijo algo, murmurando; pero sus pensamientos volaban ya hacia aquella niña de voz dulce y fina de la Cañada de las Cabras.

—Acuérdate de mis consejos que nunca te van a fallar —dijo el viejo, no puedes confiar en esas cosas.

—¿Qué cosas?

—No me vengas con eso, tú bien sabes a lo que me refiero.

—Nunca le he oído decir en qué puedo confiar —el joven se reía a escondidas.

El viejo no le hizo caso. Clavó de nuevo las pupilas en el cielo; allá el sol tomaba poco a poco el color de la sangre.

Dos espaldas de color pardo amarillo se erguían hacia el cielo. Una ya vieja, encorvada, huesuda y filosa como pico de roca, y la otra, todavía muy joven. El viejo tenía setenta años y el joven apenas diecisiete. Cuando tenía catorce años, su padre se lo encargó para que le enseñara a cantar historias y, así, a ganarse la vida.

El ciego viejo ya llevaba más de cincuenta años cantando historias. Era conocido en muchos lugares de esas montañas. Con su pelo cada día más blanco y su espalda encorvada recorrió muchos lugares con su tricuerda en la mano. Cuando encontraba un lugar donde la gente le daba dinero se quedaba durante días, cantando historias y tocando la tricuerda; traía alegría a las aldeas solitarias.

Siempre comenzaba su canto con las mismas palabras: “Desde que el Cielo y la Tierra se separaron, ¡cuántos reyes y dinastías han pasado! Los buenos gobernantes traen suerte, y los malos traen la muerte. Para tocar la tricuerda hay que esperar, pues son más de tres mil setecientas las historias y debo saber cuál quieren escuchar.”

Entonces el pueblo comenzaba a gritar. Los viejos querían la historia de Dong Yong quien se vendió como esclavo para darle un entierro digno a su padre. Los niños querían la historia de Wu Erleng quien atravesó el Monte de Ciempiés durante la noche. Y las mujeres deseaban oír la de Qin Xianlian.

Ése era el momento más placentero para el viejo. Olvidaba todo el cansancio y la soledad, y tomaba unos sorbos de agua mientras esperaba que la gente se cansara de gritar. Y entonces comenzaba a tocar la tricuerda: “Hoy sobre los de-

más no vamos a cantar, sólo la historia de Luo Cheng vamos a narrar” o “Mientras su té toman y su cigarro fuman, oigan el cuento de la joven Meng Jiangnu quien con su llanto a la Gran Muralla derrumba”.

Cuando el viejo cantaba, ni el ruido de una mosca se oía en los patios.

El ciego viejo se embriagaba con las historias que él mismo contaba.

Sabía contar innumerables historias. Compró el radio de un ciudadano a un precio muy alto, según decía, para aprender expresiones de moda y componer nuevas tonadas. En realidad, a los aldeanos no les importaba de qué trataban las historias, simplemente les encantaba su manera de tocar: elegante, suave y llena de emociones. En cada canción parecían asomarse cuerpos celestes y almas mundanas. El viejo podía imitar cualquier voz: la de hombre, de mujer, del viento, de la lluvia, de los animales y las aves; nadie podía saber qué cosas pasaban por su mente, pues nació ciego y nunca había visto el mundo, ni siquiera por un instante.

El joven por su parte, sí había visto el mundo pero sólo por tres años, mucho antes de poder comprenderlo. No le gustaba cantar historias ni tocar la tricuerda. Su padre hizo hasta lo imposible para convencerlo de quedarse como aprendiz con el viejo, y finalmente lo logró gracias a un radio. El muchacho abrazaba el radio tan obsesionado que ni siquiera se dio cuenta cuando su padre se fue.

Siempre le fascinó la mágica caja de sonidos, que le ofrecía ricas imágenes de lugares remotos y sucesos extraños que complementaban su mundo de colores y formas con la ayuda de sus escasos recuerdos de aquellos tres años.

Al oír que el cielo era como el mar, imaginaba cómo era el mar ya que recordaba el cielo azul. La caja también decía que el mar era una enorme extensión de agua encrespada. Él entonces recordaba el agua de las ollas e imaginaba innumerables ollas con agua hirviendo. En cuanto a las muchachas bonitas, la caja las comparaba con flores en pleno florecimiento, sin embargo, esa comparación no lo convencía. Cuando el ataúd de su madre fue llevado a una lejana montaña, la vereda estaba rodeada de flores en pleno florecer. Nunca lo iba a olvidar,

pero tampoco lo quería recordar. Pero a las muchachas bonitas sí quería recordarlas y cada vez le gustaban más. Particularmente aquella doncella con voz suave que vivía en la Cañada de las Cabras le hacía temblar el corazón. Un día oyó una canción que decía que los ojos de la muchacha eran como el sol y quedó satisfecho, ya que recordó a su madre caminar hacia él con el radiante sol en la espalda.

En realidad, todos nosotros, con lo poco que conocemos, imaginamos lo mucho que desconocemos, y dibujamos el mundo según nuestra propia percepción. Por eso el mundo de cada cual es diferente.

Había también cosas que el joven no alcanzaba a imaginar: por ejemplo un pasillo.

Esa noche ellos cantaron en la aldea. El joven oyó de nuevo la fina voz de la doncella, quien a unos pasos de él decía de vez en cuando algo.

La historia estaba en la parte crucial:

Con lanza en mano volvió Luo a batallar.
El hacha de Su no tardó en contestar,
El hacha como cascada atacaba.
La lanza con fuerza la paraba.
Como si dos dragones lucharan.
Como si dos tigres compitieran.
Siete días y siete noches no pararon.
Ni siquiera una gota de agua tomaron.

El viejo tocaba con un ritmo tempestuoso y cantaba con todas sus fuerzas; el joven no podía seguirlo, pues estaba en la luna.

A un kilómetro de la aldea, en la colina, había un pequeño templo donde se alojaban los dos. La cerca de mampostería alrededor del patio estaba en ruinas; los pequeños cuartos a punto de derrumbarse. Sólo el salón central todavía ofrecía amparo contra la lluvia y el viento, tal vez debido a la protección de los tres dioses cuyas estatuas se erguían en el centro. Las tres estatuas de barro hacía tiempo que habían perdido sus colores y decorados mundanos. Su color natural de barro amarillo hacía difícil distinguir si eran dioses budistas o daoístas. Dentro y fuera del patio en cada esquina de las paredes e inclu-

so sobre el tejado había yerbas que le daban vida al templo. Cada vez que visitaba la aldea, el ciego viejo se alojaba allí, pues allí no había renta que pagar ni a quien molestar. Para el joven era la segunda vez.

Cuando terminaron la historia ya era muy tarde. El viejo ponía orden en el salón central, mientras debajo del alero del cuarto lateral el joven trataba de encender fuego para calentar agua. El fogón que construyeron el año pasado requería reparación. El joven, en cuclillas, atizaba el fuego. El humo que desprendía la leña mojada le provocó tos y huyó hacia el patio.

¿Para qué sirves, eh? —le gritó el viejo desde el salón central.

—La leña se mojó.

—No es eso; me refiero a tu trabajo. ¡Qué mal tocaste hoy por la noche!

El joven no se atrevió a responder, inhaló aire fresco, regresó al fogón, se arrodilló de nuevo y se puso a soplar con todas sus fuerzas.

—Si de veras no te gusta cantar historias, pídele cuanto antes a tu padre que te reciba de regreso. ¿Cómo es posible que siempre seas tan distraído? Vete a tu casa a dar lata.

El joven se retiró tosiendo, exhalando y maldiciendo.

—¿A quién injuriaste?

—A la leña.

—¿Así se sopla el fuego?

—Entonces, ¿cómo hay que soplar?

—¿Cómo? Uuy... —dijo el viejo después de una pausa—: Sopla como si el fogón fuera el rostro de aquella chica.

El joven no se atrevió a alegar de nuevo. Se arrodilló frente al fogón y siguió soplando. Se dio cuenta de que no conocía el rostro de aquella chica de voz fina, cuyo nombre era Lian Xiuer.

—Si fuese el rostro de la chica, me parece que podrías soplar sin instrucciones —rezongó el viejo.

El joven rió. Entre más reía, más tosía.

—¿De que te ríes?

—¿Ha soplado en la cara de alguna mujer?

El viejo no encontró palabras para responder. El joven cayó al suelo de tanto reír.

—¡Carajo! Sonrió el viejo y nuevamente se puso serio sin decir ni una sola palabra.

El fuego avivó en el fogón. El joven volvió a poner leña mientras pensaba con todo el corazón en Lan Xiuer. Cuando apenas había terminado la presentación, Lan Xiuer salió a codazos de la multitud, se le acercó y le dijo en voz baja: “¿Qué me prometiste la última vez?”

Su maestro estaba a su lado y él no se atrevió a contestar. La multitud los empujaba por todos lados. De pronto Lan Xiuer estaba pegada a él: ¿No piensas pagar los huevos cocidos que te comiste la vez pasada? —dijo en voz alta Lan Xiuer. El maestro estaba ocupado en platicar con unos ancianos. Entonces el joven aprovechó el momento y se apresuró a decir: Shii, todavía lo recuerdo. Lan Xiuer bajó la voz: Todavía no me has dejado escuchar la radio que me prometiste —dijo. Shii, sí recuerdo —respondió él joven.

Afortunadamente, voces y gritos confusos llenaban el ambiente y nadie se percató de su plática secreta.

En el salón principal hubo un largo silencio. Luego se oyó el sonido de la tricuerda. El ciego viejo cambió una nueva cuerda. Seguro estaba contento por romper una cuerda; más aún por ser apenas la primera noche de la llegada a la Cañada de la Cabras. Pero el sonido de la tricuerda era grave y desordenado.

El ciego joven sintió melancolía en el sonido que salía de la tricuerda. Desde el patio gritó: “El agua está hirviendo.” Entró con una vasija de agua caliente y la puso frente a su maestro. Fingiendo sonreír dijo: “¿Acaso quiere romper otra cuerda esta noche?”

El viejo no lo oyó porque su mente divagaba en el pasado. El inquieto sonido de la tricuerda recordaba los vientos y las lluvias de los yermos de años, dibujaba los arroyos que corrían en los valles día y noche, marcaba los pasos apresurados de aquellos que no tenían dónde ir. El joven se asustó. Hacía mucho que el maestro no hacía eso. Cuando se ponía así se enfermaba, le dolía la cabeza, el corazón y todo el cuerpo durante meses.

—¡Maestro lávese los pies por favor!

El sonido de la tricuerda no cesaba.

—Maestro, es hora de lavarse los pies —temblaba la voz del joven.

La tricuerda no dejaba de sonar.

—¡Maestro!

El sonido cesó de pronto. El ciego viejo suspiró y el joven también, pero él de alivio.

Mientras el viejo se lavaba los pies, el joven estaba sentado a su lado.

—Acuéstate —dijo el viejo—, hoy debes estar muy cansado.

—¿Y usted?

—Acuéstate primero, tengo que remojar bien los pies. Cuando uno está viejo le vienen todas las enfermedades —dijo el viejo fingiendo tranquilidad.

—Espero para que nos acostemos a la misma hora.

La noche en la montaña era profunda y silenciosa. Las plantas en lo alto de la pared susurraban por el viento. Los búhos cantaban tristemente a lo lejos. Se oían de vez en cuando en la cañada ladridos de perros y llanto de niños. La luna salió. La luz blanca entró por las ventanas rotas e iluminó a los dos ciegos y las tres estatuas.

—Para qué me esperas; ya es tarde. No te preocupes por mí, no me pasa nada —decía el viejo.

—¿No me oyes muchacho?

El ciego joven ya estaba dormido. El viejo lo acomodó, el joven murmuró algo y siguió durmiendo. Cuando el viejo lo cubrió con la manta, palpó sus músculos ya crecidos. Supo que el muchacho ya tenía edad para pensar en aquellas cosas. “¿Cuánto va a sufrir?”

Pero nadie podrá sustituirlo en su sufrimiento.

El viejo se puso de nuevo la tricuerda en los brazos. Acariaciando una tras otra las cuerdas tensas pensó: “Se rompió una más, una más.” Mientras agitaba la tricuerda, se oía el papel rozar la piel de serpiente. Era el único consuelo que podía librarlo de la angustia. El deseo de toda su vida.

El ciego joven soñó algo bonito. Se asustó al despertarse. Los gallos ya habían cantado. Se levantó de un golpe y al darse cuenta de que el maestro dormía profundamente, se calmó. Encontró en la oscuridad la mochila, sacó el transistor y salió a escondidas. Caminó un rato hacia la Cañada de las Cabras. El canto de los gallos poco a poco desaparecía y nuevamente empezaba a reinar el silencio. Pensó desconcertado por unos minutos: “¿Acaso eran los primeros cantos de los gallos?” De

repente se le ocurrió prender la caja de sonidos. También estaba callada. Era la medianoche. Otras veces también había prendido la caja a esas horas y no había nada. Para él, la caja era como un reloj: sabía la hora sólo con encenderla.

El ciego viejo se revolcaba de un lado a otro cuando el joven regresó al templo.

—¿Qué haces?

—Fui a orinar.

Durante toda la mañana el maestro lo obligó a practicar la tricuerda. Sólo después de la comida, el joven aprovechó para salir del templo e ir a la Cañada de las Cabras. Los gallos dormían bajo las sombras de los árboles y los cerdos murmuraban en sus dulces sueños. El sol quemaba el profundo silencio de la aldea.

Subió al molino, apoyó las manos en el muro de la casa de Lan Xiuer y en voz baja llamó: Lan Xiuer, Lan Xiuer...

De la casa salían ronquidos con la fuerza de los truenos.

Él vaciló un momento y elevó la voz: Lan Xiuer, Lan Xiuer...

El perro empezó a ladrar. Los ronquidos cesaron y una voz sorda preguntó: ¿Quién es?

El joven no se atrevió a responder y retrocedió.

El hombre en el cuarto balbuceó algo y nuevamente empezó a roncar.

Lanzó un suspiro, bajó del molino y —desesperado— pensaba en regresar cuando oyó que alguien abría la puerta y se le acercaba con pasos apresurados.

—¿Adivina quién es? —decía una fina voz. Manos blandas y tiernas cubrieron los ojos del joven. Eso estaba de sobra. Lan Xiuer no tenía aún quince años cumplidos; era apenas una niña.

—¡Lan Xiuer!

—¿Trajiste la caja de sonidos?

El joven se abrió la camisa y le mostró el transistor que le colgaba de la cintura.

—Shhh, aquí está, vamos a escucharlo a otro lado.

—¿Por qué?

—¡Atraerá a mucha gente!

—¿Y qué?

—Se va a gastar la pila si tantas personas lo oyen.

Dieron muchas vueltas hasta llegar a un manantial detrás de la montaña. El ciego joven recordó de repente algo y le preguntó a la niña. ¿Has visto un *pasilo*?

—¿Qué?

—*Pasilo*.

—¿*Pasilo*?

—¿Lo has visto o no?

—¿Y tú lo has visto?

—¿Y qué es una banca verde? Se refiere a un tipo de silla.

—¿Quién no conoce la silla?

—¿Y *pasilo*?

Lan Xiuer negaba con la cabeza y casi empezaba a admirar al joven como su ídolo. Sólo entonces, el ciego joven encendió la caja con mucha seriedad. Música alegre resonó entre las cañadas.

Allí había paz y nadie los iba a molestar.

—Esto es “Arriba, arriba”.

Cambió la tonada; la nueva canción se llamaba “Truenos en cielo despejado”. El joven cantaba con la música ante la apenas Lan Xiuer.

—Esta pieza se llama “El monje extraña a la novia”.

Lan Xiuer reía. ¡Mentiroso! —le dijo.

—¿No me crees?

—No te creo.

—Me da igual. En esta caja puedes oír muchas cosas extrañas.

El joven jugaba con el agua helada del manantial: ¿Sabes qué es un beso?

—¿Qué es?

Ahora le tocó reír al joven. Reía sin responder.

Lan Xiuer comprendió de que se trataba; enrojció y dejó de preguntar.

La música cesó. Una mujer decía: “Ahora vamos hablar de higiene.”

—¿Qué? —dijo la chica sin entender.

—Higiene.

—¿Qué es eso?

—Hmm. ¿Tienes piojos en el cabello?

—¡No me toques!

El joven retiró la mano y se puso a explicar: Si tienes, entonces te falta higiene.

—Yo no tengo —contestó la niña mientras se rascaba la cabeza porque sentía algo de comezón.

—Hmm. Mírate —Lan Xiuer jaló la cabeza del joven—, tú sí tienes unos piojos grandes.

En ese instante se oyeron los gritos del maestro: “Niño regresa rápido, hay que comer y después hay que ir a cantar.” El joven, quieto, lo estuvo oyendo durante un buen rato.

En la cañada ya reinaba la noche. Las cabras y los burros rebuznaban, los perros ladraban y los niños lloraban. Salía humo de todas las chimeneas. Sobre la cañada aún se veía el último rayo del sol iluminando el templo. Todo era silencio.

El joven, en cuclillas, encendía el fuego. El viejo sentado a un lado limpiaba granos. Con el oído presentía la arena y las piedras.

—Hoy la leña está muy seca —decía el joven.

—Hmm.

—Otra vez hay mijo.

—Hmm.

El joven andaba de muy buen humor, quería buscar plática pero sabía que el maestro aún estaba enojado y que era mejor no buscar pleito.

Cada quien hacía lo suyo. En un rato la comida estaba lista. Ya no había sol en la colina. El joven llenó un tazón con mijo y se lo arrimó al maestro. Coma —le dijo con voz suave y tierna.

El viejo por fin rompió el silencio:

—Muchacho, quiero decirte algo.

—Hmm —contestaba distraído el joven con la boca llena.

—Si no me quieres oír, entonces no te digo nada.

—Quién dijo que no te quiero oír, yo dije: hmm.

—He vivido mucho y sé un poco más que tú.

El joven estaba ocupado con la comida.

—He pasado por esas cosas.

—¿Cuáles cosas?

—No te hagas el tonto —decía el viejo. Tiró los palillos en la lumbre.

—Lan Xiuer quería oír la radio. Sólo oímos un poco la radio y nada más.

—¿Y luego?

—No pasó nada más.

—¿Nada más?

—¿Le pregunté si había visto un *pasilo* sinuoso?

—No te pregunto eso.

—Después, después —balbuceaba el joven— no sé como empezamos a hablar de piojos.

—Y luego.

—¡No hubo nada, de veras!

Los dos siguieron comiendo. El viejo tenía muchos años al lado del joven y sabía que ese muchacho no sabía mentir; entre sus virtudes estaban la honestidad y la sinceridad.

—Escúchame una palabra; no te hará daño: no te le acerques a esa muchacha.

—Lan Xiuer no es mala.

—Sé que no es mala; sólo no te le acerques mucho. Hace muchos años mi maestro me decía lo mismo y yo no le creí.

—¿Tu maestro te hablaba de Lan Xiuer?

—¿Qué Lan Xiuer? En aquel entonces ella ni siquiera existía; ustedes todavía no estaban... —la cara oscura del viejo apuntaba al cielo; sus pupilas blancas como hueso quién sabe que pretendían “ver”.

Después de un buen rato, el joven dijo: Hoy en la noche tal vez romperás otra cuerda —quería contentarlo.

Esa noche el maestro y el discípulo cantaron nuevamente en la Cañada de las Cabras.

La vez pasada cantamos sobre Luo Cheng quien murió,
su alma atormentada al infierno cayó.

Estimado público, no se exalte; oigan bien lo que sigue.

El alma de Luo Cheng huyó del infierno sobre las alas de un fuerte viento.
Con ese viento tan veloz, pronto a Chang'an con suerte llegará.

La tricuerda del maestro sonaba sin orden. Lo mismo le pasaba al joven. El joven recordaba aquellas suaves manos que taparon sus ojos y jalaron su cabeza hacia ella. El viejo pensaba en muchas otras cosas...

En la noche, el viejo se revolcaba en la cama sin poder dormir; el pasado zumbaba en sus oídos, retumbaba en su corazón. En el cuerpo sentía que algo estaba a punto de estallar. Algo estaba mal. Se iba a enfermar de nuevo, pensaba. Sentía mareo, pecho sofocado y malestar en todo el cuerpo. Se sentó y habló para sí: "No te vayas a enfermar; si te enfermas, no podrás romper todas las cuerdas este año." Tomó de nuevo la tricuerda. Pensaba que con tocar con todas sus fuerzas podría desterrar la angustia del corazón, y el zumbido del pasado iba a desaparecer en los oídos. Mientras tanto, el joven dormía dulce y profundamente.

No le quedó más que pensar en su remedio y las cuerdas que quedaban por romper; faltan sólo algunas, sólo unas cuantas. Entonces podrá buscar la medicina y ver el mundo con sus ojos. Verá las montañas que subió un sinnúmero de veces, los caminos que recorrió, el sol que tantas veces lo calentó y hasta lo quemó, el cielo que siempre soñó, la luna, las estrellas..., ¿y qué más? De pronto un vacío invadió su corazón; un vacío profundo y pesado. ¿Y todo sólo por eso? ¿Qué más puede haber? Lo que él añoraba era mucho más que todo eso.

El viento soplaba en la montaña.

Los búhos graznaban con tristeza.

Y él ahora estaba viejo; como sea, sólo le quedaban unos años más; lo que se perdió, se perdió para siempre. Parecía que apenas se había dado cuenta de eso. El cúmulo de penas sufridas durante más de setenta años sólo para poder, al final, ver el mundo. ¿Vale la pena?, se preguntaba.

El joven reía y hablaba en sus sueños: "Esto es una silla, Lan Xiuer"...

El viejo, sentado, oía el silencio. Aquellas tres estatuas, quién sabe si budistas o daoístas, sentadas también oían el silencio.

Cuando los gallos cantaron por primera vez el viejo tomó una decisión: tan pronto amanezca llevaría al joven lejos de la Cañada de las Cabras; de lo contrario, el joven ya no iba a poder aguantar y él también estaba harto. Lan Xiuer no era mala, pero el viejo "veía" más que nadie cómo iba a terminar todo eso. Cuando los gallos cantaron por segunda vez, el viejo empezó a acomodar el equipaje.

Pero en la mañana el joven estaba enfermo: le dolía el estómago y tenía fiebre. El viejo tuvo que posponer el viaje.

Durante todos esos días mientras prendía el fuego, lavaba el arroz, juntaba la leña o recogía yerbas y preparaba remedios, el viejo sólo pensaba una cosa “Vale la pena; claro que vale la pena”. Sentía que sus fuerzas colapsarían si no se decía eso a sí mismo durante todo el día.

“Debo ver con mis ojos aunque sea lo último que haga. No vale la pena morir así. Además sólo me faltan unas cuantas cuerdas por romper.” Las últimas palabras siempre eran de autoconvencimiento. El viejo ordenó su mente y todos los días bajaba a la cañada a cantar.

En esos días al joven le sonreía la suerte. Todas las noches cuando el viejo se iba a cantar, Lan Xiuer como gato silencioso llegaba al templo para oír la radio. Ella le traía huevos cocidos, con la condición de tener permiso para cambiar de estación. “¿Hacia dónde le giro?” “Hacia la derecha.” “No da vuelta.” “Tonta, ¿no sabes cuál es el lado derecho?”

Sin importar hacia dónde giraban el botón se oía alguna programación, y ellos disfrutaban de lo que fuera.

Pasaron unos días, y el viejo rompió tres cuerdas más.

Esa noche el viejo tocó y cantó solo:

Dejemos a un lado la reencarnación de Luo Cheng,
 recordemos al príncipe Li Shimin.
 Cuando el príncipe supo que Luo Cheng murió,
 sin parar lloró.
 —Me duele tanto tu muerte; tal vez para ti fue fácil morir,
 Pero significa para mí sin el mejor general vivir.

Mientras tanto, en el templo las cosas eran aún más divertidas. La radio sonaba a todo lo que daba. Niños lloraban, viejos gritaban, se oían explosiones, retumbaban truenos.

La luna iluminaba el salón central. El joven acostado, comía huevos mientras Lan Xiuer estaba sentada a su lado. Los dos estaban muy felices, a ratos reían y a ratos estaban confundidos porque no le entendían.

—¿Dónde compró el maestro la radio?

—Se lo vendió un señor de la ciudad.

—¿Ustedes han ido allá?

—No, pero tarde o temprano iré y viajaré en tren.

—¿Tren?

—¿No sabes qué es un tren? Tonta.

—Sí sé; saca humo, ¿verdad?

Después de un rato Lan Xiuer con voz un poco insegura dijo: “Quién sabe y pronto tenga que ir allá”.

—¿De veras? —el joven se levantó de un jalón. Entonces podrás ver un *pasilo* sinuoso.

—¿Todos los que viven en la ciudad tienen radio?

—Quién sabe. Oye lo que te digo: pa-si-lo si-nu-oso; esas cosas son de allá.

—Entonces tendré que pedirles un radio —la joven pensaba en voz alta.

—¿Les pedirás uno? —el joven reía; se aguantaba y otra vez reía.— Pídeles dos. Qué atrevida eres, ¿sabes cuánto cuesta esa cosa? Si te lo vendieran, quién sabe y alcancen a cubrir la deuda.

Lan Xiuer se ofendió. Jaló con fuerza la oreja del ciego mientras lo insultaba: “Ciego maldito.”

Los dos jóvenes empezaron a pelear. Las estatuas con las manos extendidas, miraban sin poder ayudar. Los dos cuerpos rebozantes de juventud, se unían, se revolcaban, se apretaban. Los insultos se convirtieron en risas. La radio cantaba a un lado.

Se pegaron y manosearon durante un buen rato y luego los invadió el cansancio: sus corazones retumbaban; acostados uno enfrente del otro tomaban aire sin hablar: ninguno quería separarse. Lan Xiuer respiraba en la cara del joven. El joven sintió el frescor de su respiración y recordó lo que el maestro le dijo aquel día cuando atizaba en el fuego. Empezó a soplar en la cara de la niña y ella no hizo nada por detenerlo.

—Hey, ¿sabes qué es un beso?

—¿Qué es? —dijo la joven en voz baja.

El joven le susurró la respuesta en el oído y ella no dijo nada. Antes de que el viejo regresara quisieron intentar besar-se en la boca. No les supo nada mal.

Justo esa noche el viejo rompió las últimas dos cuerdas. Las dos se rompieron juntas. Él no lo esperaba. Corriendo, desesperado, regresó al templo.

El joven se asustó: “Maestro, ¿qué tiene?” El viejo se sentó respirando fuerte sin poder decir nada. El joven tenía dudas, ¿no sería que el maestro supo de lo ocurrido con Lan Xiuer?

El viejo por fin se convenció: “Claro que vale la pena. Las cosas que he sufrido en la vida valen la pena. Ver sólo una vez, ver bien una vez; cueste lo que cueste.

—Hijo, mañana voy a comprar la medicina.

—¿Mañana?

—Mañana.

—¿Se ha roto otra cuerda más?

—Dos; dos cuerdas se rompieron juntas.

El viejo sacó las dos cuerdas; las acarició por un momento, las juntó con las otras novecientas noventa y ocho cuerdas y las ató.

—¿Se marchará mañana mismo?

Saldré de madrugada.

El joven sintió frío en el corazón. El viejo empezó a quitar la piel de serpiente desde la ranura de la tricuerda.

—Pero todavía no estoy totalmente recuperado —susurraba el joven.

—Ah, lo he pensado; te quedarás aquí y regresaré dentro de diez días.

El joven rebosaba de alegría.

—¿Tú solo estarás bien?

—No hay problema —respondió el joven con rapidez.

El viejo había olvidado totalmente a Lan Xiuer.

—Tienes de todo: comida, agua y leña. Cuando te recuperes debes salir a cantar solo, ¿eh?

—Está bien —el joven sentía pena por dejar solo al maestro.

Después de quitar la piel de serpiente, el viejo sacó un papel bien doblado de la ranura de la tricuerda. Un escalofrío recorrió su cuerpo al recordar que sólo tenía veinte años cuando ese remedio fue depositado en la ranura.

El joven frotó por un momento el remedio entre las manos con cierta solemnidad.

—¡Qué vida tan lamentable la de tu abuelo maestro! ¿Cuántas cuerdas rompió?

—Hubiera podido romper mil, pero recordaba que sólo se necesitaban ochocientas.

El viejo se marchó antes de amanecer. Nadie se imaginó que tardaría tanto, ya que dijo que regresaría en sólo diez días.

Cuando el viejo regresó a la Cañada de las Cabras ya era invierno. El cielo gris cubierto por la densa nieve se confundía

con las montañas blancas. El silencio vacío y profundo, sin señales de vida, imperaba por todas partes. El tambaleo del sombrero ennegrecido del viejo se notaba desde la Cañada de las Cabras. Un zorro asustado salió del templo meciendo las hierbas secas y huyó corriendo.

Los aldeanos le dijeron que el joven se había ido hacía ya varios días.

—Le dije que regresaría.

—¿No saben por qué se fue?

—¿No dijo a dónde iba? ¿No dejó algún recado?

—Dijo que no fuera a buscarlo.

—¿Cuándo se marchó?

La gente pensó mucho y todos coincidieron en que se había ido el día en que Lan Xiuer se fugó para casarse con un ciudadano.

El viejo comprendió todo.

Todos trataron de convencerlo de que se quedara: ¿Adónde podría ir con tanta nieve? Le convenía quedarse y cantar en la aldea durante el invierno. El viejo les mostró su tricuerda sin cuerdas.

El viejo tenía la cara pálida, la respiración lenta y la voz ronca; ya era otra persona. Dijo que tenía que ir a buscar a su aprendiz.

Si no hubiera sido por su aprendiz no hubiera tenido fuerzas para regresar a la Cañada de las Cabras. El remedio que había guardado por más de cincuenta años era un papel en blanco, sin una sola letra. No lo creía, y acudió a muchos letrados honestos para que le ayudaran a leer el remedio y todos le dijeron que sólo era un papel en blanco. El viejo se sentó en el escalón de la farmacia durante unos instantes. Creyó que eran instantes, pero en realidad pasó varios días sentado allí. Con los ojos blancos como hueso interpelaba al cielo. Algunos pensaron que se había vuelto loco. Lo consolaban y le aconsejaban.

El viejo reía con amargura. “¿Para qué volverme loco a mis setenta años?”

No se movió porque no quería moverse. Todo aquello por lo que valía la pena vivir, caminar, cantar, de pronto desapareció. Como una cuerda que ya no se puede tensar ni puede producir música placentera. La cuerda del corazón del an-

ciano se había roto. Se había dado cuenta de que su meta era una vana ilusión.

El viejo se alojó en una posada por mucho tiempo: sentía que todo en su cuerpo estaba apagándose poco a poco. Todos los días se acostaba en la cama sin tocar ni cantar. Envejecía rápido, día tras día. Cuando agotó todo el dinero que tenía se acordó de su aprendiz. Sabía que su muerte estaba cerca, pero aquel joven esperaba su regreso.

La tierra y los montes estaban cubiertos de nieve; una sombra deambulaba entre el cielo y la tierra. Decidió buscar a su aprendiz: conocía de antemano sus sentimientos y su estado de ánimo.

Pensó que primero debía animarse un poco, pero no pudo: ya no tenía ninguna meta por delante.

Mientras caminaba, recordaba los tiempos pasados. Entonces comprendió que todo el vigor y las prisas por atravesar las montañas, caminar y tocar la tricuerda, y hasta las preocupaciones y las angustias eran en realidad una alegría. En aquel entonces había algo que le tensaba las cuerdas del corazón, aunque en realidad era sólo una ilusión. Recordó los últimos instantes de su maestro. Su maestro metió en la ranura de la tricuerda el remedio que no usó y la selló. "No se vaya, aguante unos años más y podrá ver." Cuando dijo eso, todavía era un niño. Su maestro permaneció en silencio durante mucho tiempo y finalmente dijo: "Recuerda, la vida de la gente es como las cuerdas: producen bellos sonidos mientras están tensas, y con eso es suficiente." Claro, lo que quería decir es que en la vida no hay metas. El viejo ya sabía lo que le iba a decir a su aprendiz. Pero pensó: ¿Le podré decir todo al joven? El viejo trató de animarse de nuevo pero no lo logró; no podía olvidar aquel papel en blanco sin letra alguna.

El joven yacía en la tierra cubierta de nieve, inmóvil, esperando su muerte. El viejo sabía que su tristeza no era falsa. Lo arrastró como a un trapo hasta adentro de una cueva. El joven no tenía fuerzas para resistirse.

El viejo recogió leña y encendió fuego. Poco a poco el joven empezó a sollozar. El viejo se tranquilizó y lo dejó llorar a sus anchas. Se iba a salvar siempre y cuando pudiera llorar; tarde o temprano se calmaría.

El joven lloró durante varios días mientras el viejo lo acompañaba sin decir ni una palabra. El fuego y el llanto alarmaron a las liebres, a los faisanes, las cabras, los zorros y los gavilanes.

Finalmente el joven dijo: “¿Por qué somos ciegos?”

—Precisamente porque somos ciegos. Respondió el viejo.

—Me gustaría abrir los ojos, maestro; me gustaría ver, si- quiera por una sola vez.

—¿De veras piensas así?

—Sí, de veras.

El viejo se las arregló para avivar el fuego.

Cesó la nieve. El sol se veía como un espejo brillante sobre el cielo gris. Los gavilanes volaban a sus anchas.

—Entonces, toca tus cuerdas —dijo el viejo—, tócalas con todas tus fuerzas.

—Maestro, ¿ha comprado su medicina? —el joven recordó de repente, como si acabara de despertar de un profundo sueño.

—Recuerda, sólo cuentan las cuerdas que realmente rompas tocando.

—¿Ya puede ver maestro? ¿Ya puede ver? —el joven hizo un esfuerzo por incorporarse y estiró sus manos hacia los ojos del maestro. El viejo detuvo sus manos.

—Recuerda, necesitas romper mil doscientas cuerdas.

—¿Mil doscientas?

—Dame tu tricuerda: voy a depositar el remedio en la ranura.

Sólo en ese instante el viejo comprendió las palabras de su maestro: “Nuestras vidas penden de las cuerdas.”

Aunque la meta es una ilusión, sin ella la vida no vale la pena; sin ella, ¿cómo tensar las cuerdas? ¿Cómo tocarlas?

—¿Cómo que son mil doscientas maestro?

—Son mil doscientas; no he podido romper suficientes, pensé que eran mil.

El viejo estaba seguro de que el joven, tocara lo que tocara, jamás iba a poder romper mil doscientas cuerdas. Se iba a pasar la vida tensando las cuerdas y jamás tendría que ver el papel en blanco, sin letras.

Era un lugar apartado y desierto entre una hilera de montañas. En cualquier momento podían aparecer un par de faisana-

nes, una liebre, un zorro u otro pequeño animal salvaje. Los gavilanes revoloteaban en el valle.

Ahora volvamos al principio.

Por las interminables montañas verdes caminaban dos ciegos: uno viejo y uno joven; uno delante y el otro detrás. Dos sombreros, casi negros de tan sucios, subían y bajaban precipitadamente, como si flotaran sobre un río alborotado. No importaba de dónde venían ni hacía adónde iban. Ni quién era quien. ❖

Traducido por
LILJANA ARSOVSKA

Tokio, Japón, a 2 de marzo, 2006

Dr. Benjamín Preciado Solís
Director de la revista
Estudios de Asia y África
El Colegio de México
México, D.F.

Estimado Señor Director:

Agradecemos muy profundamente la publicación de la traducción del texto “Un corazón que Busca la Belleza” de Kobayashi Hideo en el número 128 de Estudios de Asia y África.

Sin embargo, lamentamos que no se haya incluido la fuente que se había anotado al final del texto y que literalmente decía:

El texto original de “Un Corazón que Busca la Belleza” se basa en el volumen XI de la Quinta Serie de las Obras completas, 2004, de Hideo Kobayashi, de la Editorial Shinchosha.

Mucho agradeceríamos que este reconocimiento fuera publicado de la siguiente manera como una nota de advertencia en la siguiente edición en la revista a fin de cumplir cabalmente con los requerimientos de derechos de autor en Japón. (Favor de tomar en cuenta que hubo un error en el año en que se publicó, es decir, se publicó en 2002, en lugar de 2004)

El texto original de “Un Corazón que Busca la Belleza” se basa en el volumen XI de la Quinta Serie de las Obras completas, 2002, de Hideo Kobayashi, de la Editorial Shinchosha.

Muy atentamente

Hiromi Yoneda y Alberto López